

el incienso de su adoración; es, en fin, y gloria imperecedera sea dada a nuestra madre España, la inmortal Isabel la Católica que hace recoger el último maravedí de la España una, para lanzar a nuestro Colón al nuevo Mundo y así fundar el más gigante de los imperios: el de las Españas, y ganar a millones las almas para el Niño de Belén, que a buscarlas vino, y por eso las llamaba por cuantos modos su ingeniosa caridad le sugería.

España era entonces un sol que irradiaba sus rayos a la vez sobre el Nuevo y Novísimo Mundo, descubiertos y conquistados por ella; sobre el norte todo de Europa, en el que se disponía a pelear en contra de las tinieblas, que ya empezaba a dibujar en sus extragos la Reforma y en la región septentrional del Africa, a donde debía seguir a los moros hasta convertirlos a la fe; son tres resplandores de la España que nunca se ha de extinguir, mientras haya admiradores en ella de los tres reyes más grandes que admira la humanidad: D. Fernando V., D^a. Isabel I. y Felipe II.

Pero bueno será recordar una circunstancia muy principal que resalta en la Adoración de los Reyes Magos para contrastarla con la de nuestra España. El texto sagrado dice: «Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su madre.» Para atender este pasaje del texto bíblico, en una nación que es eminentemente mariana como la nuestra, nos bastará con traer a la memoria el Pilar, Monserrate, Guadalupe, la Virgen de los Reyes, las Navas, Lepanto, Santo Domingo de Guzmán... Mas ¿a qué empeñarnos en referir lo inenarrable? Para decir en dos palabras cuanto puede afirmarse sobre este punto diremos con un obispo eminentemente mariano lo que él acaba de escribir en una preciosa Pastoral, en la que trata este asunto. «María y España: he aquí dos palabras que aunque parezcan distintas entre sí, apenas pueden separarse la una de la otra...; no se concibe la idea de la nación española sin que al punto venga a resonar en nuestros oídos el eco misterioso de María.» (14) Y es que España, la primera nación gentil que entró en la casa de Jesucristo lo halló con María su Madre y con Ella y en Ella lo buscó y lo siguió siempre, sirviendo al propio tiempo de limpiísima estrella que atrajo a multitud de Reyes y naciones a los pies del Salvador.

Luego España, diremos en resumen, acudió al llamamiento primero de la fe con la prontitud y la generosidad con que lo muestra su historia, escrita con la sangre de sus hijos por defender y propagar la Religión Católica.

Y ahora, mis amados hermanos, y ahora ¿qué debemos hacer nosotros si de veras deseamos ser dignos de nuestros mayores? Mirar, en primer término, a nuestros pueblos que, después de las terribles enseñanzas descritianizadoras de dos siglos, tan soberbios como descreídos, padecen, a no dudarlo, honda enfermedad de tibieza. A los párrocos directamente incumbe esta reforma católico social; nuestra infalible estrella, el Vicario de Cristo, acaba de enseñarlo en uno de sus discursos. Y, cuando hayamos encendido nuestras almas con el fervor de la divina fe, volveremos a saltar nuestras fronteras, y seremos apóstoles donde quiera; en ambas Indias y en la restauración de Europa; pero muy especialmente entre los mahometanos, enemigos de Cristo y de España, que para ellos suenan lo mismo las dos palabras; seremos sus apóstoles, sí, y de este modo acrecentaremos el número de los hijos de Dios con el mundo agareno que arran-

(14) El Sr. Obispo de Sigüenza.